

nos dá, y nos sostiene en circunstancias muy difíciles. El hombre desprovisto de benevolencia peca contra nuestras leyes fisiológicas, privando á las otras facultades de ese tono de dulzura y de amenidad que tan poderosamente sirve á su actividad, y les añade influencia; hace mas: daña positivamente á su desarrollo, suscitando á su alrededor tantos enemigos como amigos hubiera podido hallar. La educacion fisiológica de un ser de este género, hombre ó niño, deberá ceñirse á probar con hechos el poder y la influencia de la bondad, su autoridad, sus felices resultados; á demostrar que esta facultad es necesaria para que haya orden y armonia en el ejercicio de las demas; que es tan útil al hombre y tan respetable como las otras facultades: para esto bastará hacer la historia de la benevolencia, segun el cuadro que hemos trazado, dirigiéndose siempre con preferencia á las facultades mas desarrolladas en el sugeto que se trate de formar.

ESPERANZA.

Las facultades de que hemos hablado hasta ahora, hacen vivir al hombre solo en lo presente; la repeticion de las impresiones recibidas le da la memoria de lo pasado, en donde parece revivir; pero no limita á esto su actividad, pues le vemos todos los dias lanzarse hasta en el porvenir. Allí se trasporta, animado por el sentimiento de la esperanza, y allí goza desde luego del desarrollo de sus facultades. Gracias á este sentimiento puede introducir algun orden, algun encadenamiento en los actos de su vida, porque el presente, demasiado rápido, se le escapa en el momento en que se apodera de él.

Veamos lo que resulta de la privacion de este sentimiento, y comprenderemos al instante cuán necesario es á la existencia. El que no tiene esperanza no hace caso mas que de lo presente, no estima el valor de las cosas sino por su resultado inmediato, y, si este resultado tiene que hacerse esperar, es nulo á su juicio. Así es que no vemos á ningun hombre de este género concebir ningun proyecto, entregarse á ninguna especulacion, emprender ningun trabajo de duracion, meditar ninguna de esas profundas concepciones que, meditadas por largo tiempo, concluyen por hacer nacer esos grandes resultados que hacen caminar un paso adelante á la humanidad. Hay mas aun: no teniendo fé mas que en lo presente, y no encontrando muchas veces mas que miseria y vanidad, se dis-

gusta, desespera de la humanidad, de sí mismo, y desea el fin de su desgraciada existencia, cuando no llega hasta el suicidio.

La cuestion está juzgada bajo el punto de vista fisiológico, con solo reflexionar sobre este encadenamiento de hechos; sobre este resultado final. La esperanza es, pues, necesaria al ejercicio de las funciones del organismo, y la economía padece siendo débil su desarrollo. Nunca sabremos reanimar bastante la fé en el porvenir en el que no sabe alimentarla; preciso es conducirla progresivamente desde la esperanza de ayer á la del dia siguiente, de esta á una mas lejana, hasta que un cálculo de probabilidades viene á imponer límites á esta propagacion. A nuestra disposicion tendremos mil medios: la historia nos proporciona multitud de ejemplos para confirmar nuestras instrucciones, y no tendremos mas que escoger. Es importante notar que el hombre no se engaña en su esperanza, sino cuando ha descuidado alguno de los elementos sobre que se funda.

Vamos á examinar ahora cómo se establece y traspasa los límites razonables en aquellos en quienes predomina. Nada es para ellos el presente: el porvenir lo es todo; pero este porvenir es, por compensacion con lo actual, el bello ideal, lo que hay de mas completo, de mas grande, de mas admirable en el mundo. Se lanza, pues, en este océano del porvenir con sus proyectos entusiastas; pero compromete, sin consecuencias, la actividad de sus facultades, las cuales son bien pronto detenidas porque no habian medido la importancia de los obstáculos, y no alcanzan generalmente el objeto que se habian propuesto.

Estas pocas palabras bastan: la organizacion es tambien en esto imperfecta, y peca, ya por exceso, ya por defecto, pues que una facultad vagabunda puede inducir en error á las otras, y herir de esterilidad su mas enérgica actividad.

La higiene de esta manera de organizacion no es cosa fácil de dirigir; ó al menos debe comenzarse desde muy temprano; y al cálculo, es decir, á la aritmética es preciso contraer todas las esperanzas exajeradas. Se nos dirá quizás que este cálculo de probabilidades ha perdido á mas de un hombre de esperanza demasiado activa, precipitándole en los cambios del juego. Es verdad que esta ciega locura, esta desgraciada pasion, se halla sobre todo entre estas personas; pero estamos seguros que en este caso el cálculo no ha sido bastante severo; no ha abrazado bastantes elementos; ha descuidado una porcion de incógnitas, y seria interminable demostrar cuán difícil es, si no imposible, apoderarse de todas las cir-

cunstancias que pueden modificar los cambios en los juegos de azar. Por otra parte, la inteligencia y los sentimientos morales, vendrán en nuestra ayuda para apreciar las deplorables consecuencias de este género de escesos, de esta confianza esclusiva en una facultad á espensas de las otras, con desprecio, sobre todo, de la circunspección, que no dejará de interponer su *veto*, si se la deja libertad para ello.

VENERACION.

Preciso es partir del impulso primitivo de esta facultad para comprender su abuso. Su mismo nombre puede darnos una idea justa de su cualidad fundamental: la inclinacion á respetar y á honrar.

El hombre no es un Dios: sus fuerzas intelectuales, como sus fuerzas físicas, tienen límites que no puede traspasar; desde que fué colocado sobre la tierra, nos prueba la historia que no ha dejado de hacer esfuerzos para ensanchar los límites de su poder y no sin resultado. Evidentemente posee hoy mas fuerzas físicas, por medio de las cuales mueve y trastorna la naturaleza inerte, que otras veces se le resistia; por otra parte, por una observacion continuada é ilustrada, ha llegado á comprender el encadenamiento riguroso de los fenómenos que antes le parecian sin orden y sin ley, y la inteligencia ha creado esas admirables obras maestras; pero en nuestros días, como en los primeros tiempos del mundo, el hombre encuentra aun en la naturaleza resistencias que no puede vencer; en la esfera intelectual, fenómenos que no puede comprender, y por do quiera vé á su Señor sobre sí. Esto es, pues, lo que venera.

Sin embargo, el objeto de su veneracion varia hasta lo infinito; pero, cualquiera que sea, es preciso que haya siempre, ó parezca haber, alguna cosa superior á nosotros, sea por las cualidades físicas, sea por las morales ó intelectuales. Así, por una parte, todo lo que es estremadamente grande, inmensamente voluminoso; por otra, todo lo que es notable por su duración, su poder, su inteligencia ó su moralidad: todo esto es para nosotros una cosa respetable. Los signos nos sirven para designar las cosas, y acontece, en ciertas circunstancias, que tomamos el signo por la cosa significada, el cual viene entonces á ser el objeto de nuestra veneracion: aqui comienza la *supersticion*. Está fundada en un error, no del sentimiento de veneracion, sino de la inteligencia, á quien corresponde distinguir

la cosa del signo; por esto los pueblos mas ignorantes, como los hombres en particular, son los mas supersticiosos; pero hay necesidad de otras influencias para que se manifieste la supersticion.

El exceso de veneracion tiene el inconveniente de multiplicar demasiado los objetos de culto, y por consiguiente de dañar su autoridad comprometiéndola. El hombre que venera mucho querria que todos los hombres venerasen tanto como él; hace cuanto puede para atraerlos, colocando su veneracion muchas veces en objetos que no son verdaderamente dignos, y que hasta merecen el mas profundo desprecio. Asi falta á su objeto; si corrigiera este defecto y pusiera un freno á su veneracion, haria mas proselitos. Pero no son estos solos los defectos del abuso que señalamos: inspirándonos demasiada humildad frente á frente del objeto de nuestro culto, nos desarma cuando tendríamos necesidad de luchar, ó nos arrastra en favor del mismo objeto, á una indignacion que, por mas santa que pretendamos que sea, no conduce menos á los deplorables resultados de la cólera, cuando no nos hace instrumentos de un crimen. Nada hay mas feroz que el fanatismo ignorante, cuando cree vengar á su divinidad ultrajada.

Pero se comprende ya, por lo que hemos dicho, que el exceso de veneracion no basta para producir tan funestas consecuencias, puesto que es preciso que se reunan otras circunstancias.

En cuanto á la falta de veneracion daña mucho al hombre y á la sociedad. Sin veneracion no hay nada de respeto, nada de deferencia á las autoridades, cualquiera que sean; nada por las leyes; nada por las superioridades; nada en fin, por la causa primera de todas las cosas. Este sentimiento de veneracion es un freno impuesto á la actividad de las facultades que nos impelen á cambiar y á destruir; cuando este freno falta, es necesaria al hombre una razon superior para resistir á esta atraccion; asi es que las mas de las veces se abandona á ella sin reserva. Ridiculiza todo homenaje, é incapaz de experimentar la necesidad del culto y de la adoracion, no lo respeta en los demas; le apostrofa, le critica y trata de envilecerle. Si es amo é ingnorante y cruel, hace mártires, y se esfuerza para destruir la fé heterodoxa con el hierro y con el fuego. ¿Es esto lo que manda la ley fisiológica? ¿No quiere ella que nuestros semejantes gocen de las mismas prerogativas que nosotros?

Pero el hombre privado de la importante facultad de que nos ocupamos, no daña solamente á los demas sino que se daña á si mismo. Desde luego se priva del sentimiento de beatitud que acom-

paña al ejercicio de la veneracion; de la paz profunda de que impregna á la existencia entera, y de esa calma preciosa que favorece el cumplimiento armónico de nuestras funciones. Haciendo nacer en nosotros la falta de veneracion el hábito de la *incredulidad*, nos quita la poderosa palanca de las creencias; priva á la inteligencia de materiales preciosos, y es tan reprehensible como el exceso de veneracion, que disponiéndonos á creer demasiado fácilmente, nos arrastra á graves errores y á deplorables divagaciones.

La ley fisiológica tiene necesidad de un desarrollo moderado de esta facultad, para seguir su curso regular y cumplir la verdadera mision de la humanidad.

MARAVILLOSIDAD.

Hemos visto ya desde dónde partia la veneracion y hasta dónde llegaba; pero no se limita á esto la emocion que experimenta el hombre en presencia de lo insuperable y de lo incomprensible. Por otra parte, entre este género de cosas, las hay mas ó menos extraordinarias, que contrarian mas ó menos nuestras opiniones, que afirman mas ó menos nuestros conocimientos positivos: la maravillosidad nos dispone á creer todo lo maravilloso.

Segun nuestro juicio, la generalidad de los frenologistas no han justificado la existencia de este sentimiento, y nada nos parece sin embargo mas fácil. Leamos la historia y veremos que casi todas las invenciones recientes, todos los descubrimientos nuevos, han escitado la incredulidad, la oposicion mas viva, y alguna vez la repression mas bárbara, cuando han producido resultados inesperados: testigos los hechiceros, los mágicos de todos los paises y de todos los tiempos; es decir, todos aquellos que han sacado partido de algunos conocimientos físicos, químicos, astronómicos, ó de otra clase, para dar pruebas de un poder extraordinario. La maravillosidad sirve para favorecer los progresos de esto; para hacer admirar las maravillas de la naturaleza, del arte y de la industria; secunda asimismo el trabajo del entendimiento humano, y contribuye al desarrollo de las facultades.

Pondremos un ejemplo para que se nos entienda mejor. Somos, mediante un desarrollo regular de este sentimiento, muy escépticos en punto á magnetismo, y no creemos en la traslucidez, ni en la prevision del porvenir; si bien no podemos negar que existen he-

chos magnéticos sorprendentes. Pues bien: la craneoscopia nos prueba que en aquellos en quienes el órgano de la maravillosidad está muy pronunciado, creen con la mayor facilidad en todas las maravillas del sonambulismo artificial, y los que no tienen muy desarrollado este sentimiento, rechazan completamente todos los hechos magnéticos con el mas profundo desden. Para los primeros hay un placer inesplicable en creer todo lo que parece increíble: en buscar esta especie de hechos; en repetirlos y en propagar su creencia. En estos sujetos es preciso que la observacion de los sentidos se calle, y que la razon se aniquile, pues experimentan un gozo muy vivo cuando confunden la una y la otra.

Resulta de aquí que el hombre, arrastrado por esta inclinacion incoercible, admite sin exámen todo lo que hay de mas absurdo, que no trata de discutir con las luces de su inteligencia lo que es realmente increíble, puesto que la inverosimilitud no es para él nunca un motivo de incredulidad; que es por consiguiente el juguete de los hábiles que quieren esplotar su crédulo entusiasmo, porque nada inspira tanto entusiasmo como esta facultad. Asi vemos que la especie humana ha sido por mucho tiempo esplotada por los taumaturgos de todos los paises y de todas especies. Ya se han hecho estos mas raros, á virtud de la ilustracion; de suerte que podemos decir que ha pasado su voga, aunque todavía muchos pueblos menos civilizados creen en ellos, y son algunas veces víctimas de su ciega credulidad.

Cuando encontramos en el mundo hombres asi organizados les llamamos impostores. Pueden serlo; pero no lo son necesariamente, y haremos observar que asi como se abusa de todas las facultades, el hombre puede abusar de esta en provecho suyo en ciertos casos, y ser al mismo tiempo charlatan y crédulo; pero el charlatan no emplea mas que los medios que la naturaleza ha puesto á su disposicion.

El fisiologista reconoce que hay esceso de maravillosidad, cuando sabe que la creencia en las cosas mas inverosímiles, ó mas imposibles, si nos es permitido decirlo asi, se establece sin escrúpulo por parte de las facultades reflexivas, y condena este esceso, pues que conduce al error, y á todos los sueños del misticismo, á todas las divagaciones de los cultos mas extravagantes, y espone á todos los engaños del charlatanismo. Por todo esto daña á las otras facultades, y pide represion. ¿Cómo llegar á este fin?

Ejercitando al niño y escitando al hombre á someter sus creen-

cias á la fiscalizacion de las facultades perceptivas y reflexivas, fiscalizacion que consiste, no en negar siempre y necesariamente lo que es inverosímil, sino en rechazarlo en ciertos casos, y en otros á eslabonar los diversos grados de probabilidad. A la inteligencia, pues, corresponde no destruir la accion de un setimiento natural, sino arreglar su aplicacion. Por otra parte, el estudio de las ciencias positivas, fisico-matemáticas, es el correctivo mas eficaz de la predisposicion de que nos ocupamos; pero será preciso insistir principalmente en las descripciones minuciosas.

Hasta ahora nada hemos dicho de la falta de maravillosidad. Esta falta nos hace caer en otro error, impidiéndonos prestar fé á todo lo que sale del circulo habitual de nuestras creencias; circunscribe la esfera de nuestra vida, separando nuestra atencion de todo aquello que no es capaz de herir nuestros sentidos, ó la facultad lógica de nuestro espíritu; despoja nuestra imaginacion de esa poesia indefinida, que nos trasporta, y priva á nuestras afecciones de ese entusiasmo que enaltece los objetos. Así nos trasforma en hombres demasiado positivos, demasiado materiales, nos apoca, resfria y deseca nuestra existencia. Frente á frente del espectáculo de la naturaleza, esta organizacion defectuosa nos deja sin admiracion; en nuestras relaciones con nuestros semejantes, nos quita uno de los medios mas suguros de persuadir á los individuos y conmover las masas; y si tratamos de comprender la marcha de la humanidad, sus fluctuaciones, sus catástrofes, sus grandes faltas y sus grandes errores, se calla, no sabe que responder, nada comprende, porque nada tiene que simpatice con uno de los móviles mas poderosos de la actividad humana.

Repetimos que una organizacion de este género es defectuosa, y nuestro deber es corregir esta falta. Esto no podremos obtenerlo si no ponemos fuera de duda la importancia y la utilidad de la maravillosidad. Será preciso hacer comprender en seguida, con ejemplos, la estension de su imperio; despues poner al incrédulo en frente de las maravillas de la naturaleza; escitar en él las emociones más vivas, en nombre de las afecciones mas fuertes, produciendo así el pensamiento, que le eleve hasta la admiracion y el entusiasmo. Hay ejemplos de esta especie de conversiones hábilmente dirigidas por hombres que habian conocido por instinto lo fuerte y lo débil de la naturaleza del hombre, y estos son prodigios, que debe estar en nuestro poder renovar siempre.

IDEALIDAD.

Los frenologistas han disertado mucho sobre la accion primitiva de la idealidad: esta palabra, de feliz invencion, hubiera podido encaminarlos mejor que nunca lo habian estado. La idealidad es la facultad que, aplicándose á todo, busca siempre lo *ideal* de todo; es decir, el tipo artificial que reúne las cualidades mas notables del objeto. Es una facultad tan intelectual como moral; se ejerce sobre todos los sujetos de la actividad humana; pero mucho mas en las cosas de afeccion, de sentimiento ó espresion, que en las de descripcion exacta y de cálculo, y se la ve sin embargo introducirse para escitar el entusiasmo y la pasion, donde no imperaba mas que la sequedad y la aridez. No se la hallará en las ciencias matemáticas y descriptivas; pero brillará con todo su esplendor en las bellas artes; en la literatura y en las doctrinas religiosas. Si se trata de un objeto material, la idealidad le da no solamente las cualidades que nos hieren en el momento, sino todas aquellas que se le pueden unir de modo que se forme de él un tipo; y si este mismo objeto es susceptible de cualidades intelectuales y morales, la idealidad se apresura á acumulárselas. Cuando se ejerce sobre una afeccion, sobre un sentimiento, sobre una idea, hace el mismo oficio, y agrupa en derredor de su objeto un cortejo de cualidades, que le hacen realmente un tipo de idea, de sentimiento, de afeccion. A lo menos á esto tiende; es decir, que ella nos ayuda á completar nuestras ideas de todas las cosas, supliendo la imperfeccion actual de nuestras impresiones, por la aplicacion de las impresiones pasadas: su papel mas brillante es reunir lo fisico á lo moral ó vice versa; no por la observacion y el raciocinio, sino por el sentimiento. Esto no es decir que no se engaña muchas veces, aplicando mal las impresiones pasadas á los casos actuales.

Veamos cómo esta facultad llega á pecar por exceso.

La pendiente es tan fácil, el paso de lo verdadero á lo falso, tan insensible, la diferencia entre lo supuesto y lo real tan imperceptible en fin, que la idealidad es una de las causas mas frecuentes de nuestros errores. Pensemos que, encargada de suplir todo lo que hay de imperfecto en nuestra vista y en nuestra concepcion, une á una impresión otras mil. ¡Cuán fácil no es que se engañe en su curso tan rápido! Si no es muy activa; si no emplea mas que materia-